

Capítulo 21 - Luces pálidas

- [Capítulo 21 - Luces pálidas](#)

Capítulo 21 - Luces pálidas

Angharad Tredegar se alejó, dejándolo solo frente a la puerta, y Tristan sonrió.

Eso había resultado mejor de lo que había esperado. La invitación a unirse a su tripulación le sorprendió a él —y probablemente a ella también— pero le confirmó que sus instintos habían sido correctos. Tredegar prefería a las personas que eran buenas y malas, con poca incertidumbre en medio, así que ahora que él no era estrictamente malvado, su opinión de él comenzaba a inclinarse en la otra dirección.

“Eso fue muy amable de tu parte,” musitó Fortuna, apoyando la barbilla en su hombro mientras lo abrazaba con firmeza.

Una pausa.

“Entonces, ¿por qué lo hiciste realmente?”

Tristan solo siguió sonriendo. Lo que ocurrió con el airavatan había mejorado en gran medida su reputación, pero aunque eso pudiera tener algunas ventajas, también significaba que ahora su fama valía algo. Y ese valor podía ser usado en su contra. Por eso, antes de que Tupoc Xical tocara a su puerta con una sonrisa y una amenaza de contarle a todos que su botiquín era en realidad un arsenal de venenos, era mejor cortar el césped bajo los pies del Izcalli. Tredegar odiaba al hombre y probablemente se alinearía con Tristan si él le inventaba una mentira creíble, lo cual reduciría en gran medida los daños.

Ferranda Villazur mantenía la boca cerrada respecto al extracto de lodestone, tenían un acuerdo, y aunque los infanzones restantes quisieran inventar algo, no podrían. Augusto era un perro mudo, incapaz de actuar sin permiso de su amo, y los otros dos debían seguir ahora la línea de Angharad Tredegar. La bailarina de espejos quizás no lo notara, pero sin Remund Cerdan e Isabel Ruesta, estarían en serios apuros.

Muy pocas personas querían hacer algo con Cerdan ahora que se había sabido sobre la puñalada en la espalda a su propio lacayo, y Isabel Ruesta era casi inútil en una pelea.

“¿No sabes que disfruto hacer amigos?” mintió.

Fortuna presionó sus labios contra el costado de su cuello y le devolvió un berrinche extremadamente desagradable con una risa, que le hizo retorcerse hasta recibir una mirada extraña por parte de Inyoni. Huyendo de la escena, mientras la risa de la Dama de las Probabilidades Distantes resonaba en su espalda, se dirigió al mesón de la cocina para servirse uno de los consuelos que la Guardia había dispuesto: una gran olla humeante con lo que, por su olor, debía ser té de diente de león. Tomó una taza, agradeció al vigilante que cuidaba la olla y continuó con la siguiente parte de su plan.

Buscar un rincón cómodo donde sentarse con su cálido brebaje.

Allí se quedó en silencio, con los ojos abiertos y sin parpadear, comenzando a dibujar un mapa. No uno del laberinto, aunque en el futuro quizás necesitara uno, sino de algo mucho más importante: las tripulaciones. La naturaleza humana era que, si lanzabas a treinta extraños en un agujero sin más ropa que la que llevaban puesta, en menos de una hora surgirían cinco facciones, y dos de ellas estarían buscando cuchillos para apuñalarse entre sí. Así era la gente, sin importar dónde nacieran. Los corazones en esta escena provenían de todos lados de Vesper, y las vidas que los habían traído a este patio parecían igualmente diversas, así que era difícil predecir en qué caerían. Sin embargo, esto no era una maldición, sino una bendición: al observar dónde se posicionaban las personas, Tristan podría comprender mejor qué es lo que realmente querían.

Tomemos a Ocotlán, por ejemplo. El gran matón de Aztlán solía ceñirse a Tupoc Xical y no parecía haber considerado otra opción, aunque sería bienvenido en otras cuadrillas. Eso se debía a que Ocotlán quería estar del mismo lado de las palizas a las que estaba acostumbrado —es decir, el que las repartía—. La única persona capaz de cumplir con eso era Tupoc, quien poseía toda la contención del animal emblema de su antigua sociedad. Ahora, contrastemos al agresor Menor Mano con la otra superviviente del grupo de Tupoc, Lady Acantha Phos. Probablemente, la pieza clave en la estrategia de Izcalli durante la Prueba de Líneas, con su contrato de rastreo. Ella ahora evitaba acercarse a Tupoc, conversando con la pareja de Ramayans como quien trata de abrir una puerta.

Eso se debía a que Acantha Phos valoraba más su seguridad.

Había estado conforme con que Tupoc vendiera al resto de los Bluebell si eso aumentaba sus probabilidades de pasar a la segunda prueba, pero Tredegar había dicho que él había traicionado a uno de los suyos —Leander Galatas, el marinero que perdió un brazo en el barco—. Para ella, Tupoc había pasado de ser un peligro para otros a un hombre peligroso para todos. Incluidos su propia tripulación. Por eso, ella abandonaba el barco, y con Angharad Tredegar, era más probable que la apuñalara que que la aceptara, por lo que la mejor opción para su seguridad eran los Ramayans. Ishaan Nair y Shalini Goel ya tenían en sus manos a Ferranda Villazur, un comienzo prometedor.

Independientemente de si la gente lo sabía aún o no, habían empezado a dividirse según las líneas que insinuó el teniente Wen: tres santuarios emparejados con tres cuadrillas de inmersión. Por ahora, más parecía una docena, pero Tristan había visto algo así en la Neblina. Pequeñas sectas —bandas— que eran ferozmente independientes cuando su rincón del barro permanecía intacto, custodiar sus pequeños reinos con celos, pero eso se rompía en cuanto llegaban los más grandes. Cuando la Hoja Roja ponía su hocico, todos los pequeños reyes juraban hermandad con los rivales que intentaron eliminar un mes atrás y comenzaban a hablar de mantenerse unidos frente a la invasión.

Era algo similar aquí, en cierto modo. El laberinto haría que las cuadrillas más pequeñas se rindieran ante las más grandes, hasta que solo quedaran unas pocas fuerzas que, en términos generales, estaban en la misma liga. Aun si el conocimiento de los horrores que acechaban allí fuera insuficiente hoy, mañana el equilibrio cambiaría: una vez que los cuerpos empezaran a caer,

esa extraña enfermedad llamada tolerancia por los demás comenzaría a propagarse. Tristan no podía asegurarlo aún, pero tras observar durante media hora creía haber identificado los tres reinos que acabarían saliendo victoriosos.

“Entonces, ¿qué es lo que estamos viendo?” preguntó Fortuna.

Ella se sentaba arriba a su izquierda, en una grieta rota en la piedra; su vestido de rojo sangre caía hasta el suelo polvoriento, más allá de sus pies, mientras apoyaba la barbilla en la palma de su mano. A primera vista parecía aburrida, pero Tristan sabía que no era así. Ella siempre había disfrutado observando a las personas, especialmente a los ‘interesantes’, y muchos de los presentes calificaban en su opinión como tales. Él sonrió y ocultó su boca tras el borde de su taza.

“Si hablamos de protagonistas, Tredegar es la fácil”, dijo él. “Ella terminará con la cuadrilla más grande también, eso te lo aseguro”.

No le había facilitado las cosas. Dado su historial con los Bluebell y los rumores que circulaban ahora de que había atravesado sola una banda de cultistas antes de enfrentarse a Tupoc Xical en un empate, no había un solo individuo aquí dispuesto a rechazar una alianza con ella. Ni siquiera Tristan, si pensaba adentrarse en el laberinto.

“Ella luce un poco agobiada,” observó Fortuna.

“Eso se debe a que los sanguijuelas la pusieron al mando,” dijo él. “No es que tuviesen opción.”

El problema de Tredegar era que había heredado un grupo de parásitos de la primera prueba: Isabel Ruesta, la más astuta de los hermanos Cerdan y Cozme Aflor. Aunque no Beatris, cuya ausencia resaltaba claramente. Sin embargo, esa herencia temprana elevó la numerosa de Tredegar desde el principio, aunque a costa de que todos los que no eran tontos sabían que los infanzones los sacrificarían sin dudar si eso les permitía vivir incluso un minuto más. No era la compañía que uno quisiera tener en un laberinto lleno de pruebas mortales. A pesar de ello, Tredegar empezaba a reclutar nuevos combatientes.

Primero llegaron Inyoni y Zenzele Duma, los supervivientes del trío Malani de la Bluebell. Lord Zenzele parecía en todo momento estar a punto de llorar o morderle la cabeza a alguien, no el tipo de aliado sólido, y tanto él como su tía evitaban a los Ramayans con quienes habían venido — aunque Yaretzi, la tranquila azteca, una vez más deslizándose entre los peligros sin llamar la atención. Tredegar era el único puerto seguro para los Malani, por lo que había capturado su confianza sin dificultad. Con tantos combatientes a su lado, ahora podría aceptar uno o dos más sin tantas complicaciones.

Cuanto más estaban bajo el mando de Tredegar, menos los infanzones pesaban en su cuello.

“Tupoc también es uno,” decidió Fortuna. “Ya tiene dos.”

Tristan bebió y volvió a esconder sus labios.

“Los suyos serán los más débiles,” dijo el ladrón. “Él mantiene Ocotlán y Augusto Cerdan no tiene a dónde ir, pero solo atraerá a los desesperados.”

Su reputación estaba tan manchada que nada más importaba, por mucho que el hombre fuera hábil en combate. Quienes acudieran con Tupoc sabrían que serían tratados como piezas de descarte, así que los que se aventuraran a ir, lo harían por falta de una mejor compañía. Tristan sospechaba que Angharad Tredegar aceptaría a cualquier alma temerosa que suplicara para esconderse en su sombra, pero sus compañeros no serían tan indulgentes. No tolerarían que zombis inútiles siguieran sus pasos en el laberinto mientras enfrentaban todos los peligros.

“Al menos, él está buscando a Felis y Aines,” dijo Tristan. “Quizá también a Francho.”

Hubiera dicho lo mismo aunque el de ojos pálidos, Izcalli, no estuviera hablando en ese momento con Felis, cuyos hombros estaban encorvados aunque él era a quien buscaban.

“Lo que más me intriga son los Ramayans,” continuó. “Su posición es la más interesante.”

El lord Ishaan Nair y su mano derecha, Shalini Goel — quien era visiblemente la más decidida de los dos, aunque todavía cedía ante el noble del par — estaban en una posición privilegiada para que caigan en sus manos algunos frutos maduros: aquellos que no quisieran colaborar con los infanzones, pero tampoco podían soportar a Tupoc Xical. Se autodenominaron esa opción al reclutar a Ferranda Villazur desde bien temprano, formando un conjunto compacto de poder y competencia que todos debían considerar. Por otro lado, habían logrado perder a todos sus aliados en la primera prueba. Los supervivientes Malani evitaban a propósito a estos y Yaretzi se había hecho esquiva, a pesar de lo que Tristan creía haber visto como un intento de Shalini de atraerla a su lado.

Había un error escondido en su trayectoria, y si Tristan apostaba, diría que tenía que ver con la desaparición de los Malani. ¿Ayanda, quizás? Tredegar mencionó que el culto del Ojo Rojo la había tomado con la ayuda de Tupoc, pero seguramente había algo más allí. Considerando cómo Zenzele Duma actuaba sin rumbo y cuán estrechamente se habían mantenido él y Ayanda en la Bluebell, el ladrón sospechaba dónde podrían haber fallado las cosas. También le indicaba que el sobrino de Inyoni había estado más preocupado por Ayanda que por superar estas pruebas.

Eso podría resultar útil de saber, antes de que todo terminara.

“Están recogiendo a Phos,” respondió Fortuna con evidente rechazo. “Eso parece más una acción desesperada que interesante.”

“No, es muy inteligente,” discrepó Tristan. “No se trata de si ella es útil ahora, sino de abrir una puerta.”

“¿Para otros traidores?” preguntó la diosa. “El gran hombre no dejará a Tupoc y no querrán al resto.”

“Se trata del precedente,” dijo el ladrón. “Acanthe Phos actuó contra otros, de manera traicionera, pero fue capturada igual.”

“Entonces perdonan,” Fortuna encogió los hombros.

“¡Oh, sí!” murmuró Tristan tras la taza. “Y cuando mañana o pasado alguien del grupo de Tredegar corte la garganta de un aliado para salvarse y huya del honorable compañero de nuestro círculo, habrá otro hogar para ellos aparte de las colecciones de bastardos y sacrificios de Tupoc Xical.”

Incluso si el único papel de Acanthe Phos era el de un cuerpo caliente portando una espada en el laberinto, su verdadero valor residía en lo que su presencia representaba. El ladrón sospechaba que disfrutaría una conversación con cualquiera de los Ramayans que idearon ese plan. Una lástima que, incluso cuando saliera, no sería con su troupe, puesto que los hombres que pretendía eliminar estaban entre los seguidores de Tupoc y Tredegar. Tras beber el último sorbo de su té de diente de león, ya frío y sin calor, Tristan dejó la taza. Fortuna, con gracia, saltó desde su perchero, su vestido siguiendo su movimiento mientras se colocaba frente a él con destreza.

“Entonces, ¿con quién nos uniremos?” preguntó Fortuna alegremente.

Tristan giró el cuello, levantándose con un suspiro.

“Primero,” dijo, “comenzaremos manipulando los dados.”

Y eso implicaba lidiar con un compañero rata.

--

“Sonríe,” sugirió Tristan. “Estamos teniendo una conversación agradable.”

Lan le sonrió con brillantez, tirando de su túnica gris mientras soltaba una risita.

“¿Qué es lo que quieres venderme, rata?” preguntó el comerciante con una sonrisa.

“Quiero que organicemos un juego,” replicó el ladrón con la misma sonrisa.

Ella rió suavemente, dando una palmada en su brazo como si le hubiera contado un chiste. Tristan admiraba bastante el trabajo: le había tomado años aprender a reír a voluntad y aún no lograba lucir tan convincente como la ex vocalista de Meng-Xiaofan.

“¿De quién era?”

“De todos,” afirmó él. “Este laberinto está diseñado para mantenernos mirando hacia adelante. Es decir—”

“—para separarnos y que uno pueda tener una vista completa y entender de qué trata realmente este espectáculo, ¿sí?” dijo Lan con impaciencia. “Obviamente. ¿Crees que no reconozco una fachada cuando la veo? La Guardia es más hábil en mantener secretos con cuchillos que con trucos.”

Fue Lan quien articuló en una frase que su talento para percibir las cosas era solo un poco más útil que preocupante.

“Nos dividiremos entre las diferentes cuadrillas,” dijo él.

“Y compartiremos información en el fuerte,” musitó ella.

Era difícil discernir qué pensaba realmente, ya que Lan soltó después una carcajada como si se estuvieran divirtiendo.

“Vas a hacer que Yong se infiltre con los Ramayans,” decidió la mujer de labios azules. “Es la opción más adecuada. Entonces, quieres que me una a Tupoc.”

“No estarás sola, él llevará a Felis y Aines,” señaló Tristan. “El miedo es una buena correa, pero no vencerá tu reserva de polvo.”

“No necesito que lo uses, Tristan,” dijo Lan. “Y tú estarás con un trabajo cómodo y agradable acompañando a Tredegar.”

Él negó con la cabeza.

—No piaré con ellos —dijo—. Tengo la intención de intercambiar con Beatris por eso.

Las cejas de Lan se levantaron.

—No la he visto desde que llegué —dijo—. Ni siquiera para comer.

—La encontraré —trató Tristan, encogiendo los hombros.

No era un fuerte tan grande como para que le costara mucho si ponía su mente en ello. Lan lo observó durante un momento, luego soltó un suspiro bajo.

—Entonces, supongo que piensas espiar a la Guardia —dijo, mirándolo de arriba abajo—. Mira qué valor tienes.

No lo negó, lo cual terminaba con cualquier discusión sobre asumir menos riesgo. En verdad, a pesar de que ella se mantenía en postura firme, Lan no tenía muchas opciones. No tenía contactos con la gente de Tredegar y no era lo suficientemente útil para que Ferranda Villazur la respaldara y la colocara con los Ramayans. La única salida sería atarse a alguien útil y venir en paquete, pero eso sería difícil de manejar y no tenía un candidato claro. Lo más probable era que terminara atrapada con Tupoc, ambos sabían eso, y sin los beneficios de aceptar las condiciones que él ofrecía.

—Quiero protección de todos los involucrados en esto —finalmente dijo Lan—. Podría salirme mal.

Tristán asintió.

—Entonces debes ofrecer lo mismo —dijo él.

Un gesto simbólico si hubiera una pelea, pero esa no era su verdadera fortaleza. Ella asintió y luego sonrió con brillo.

—Ahora hay que venderlo —dijo—. ¿Demandaste sexo a cambio de protección?

Era, pensó, significativo que ella sugiriera eso primero. Los Meng-Xiaofan no comerciaban en carne, pero esa era la lógica del negocio. Dentro de las propias filas del círculo, las hermanas también habían sido gemelas. Eso atraería a ciertos tipos. No dejó que la piedad nublara su mirada, pues en la Ley de las Ratas no había espacio para ella: era cosa de gente más noble que ellos extender el límite de la victoria más allá de la mera supervivencia.

—Yo no —respondió simplemente.

Ella no comentó, solo parpadeó con sorpresa. Él meditó por un momento.

—Me pediste devolverme la pistola relicario, ahora que tengo otra arma —dijo—. Lo rechacé.

—¿Todavía te quedan restos de ella? —preguntó ella.

Él encogió los hombros. No las tenía, había tirado el peso inútil, pero ¿qué importaba? Incluso si alguien se le ocurriera meter la mano en su mochila para revisar, ella podría simplemente mentir y decir que no confiaba en él. Tras un instante, asintió, aceptando la respuesta no verbal. Ambos ajustaron su postura, volviéndose de modo que se enfrentaran correctamente, y la sonrisa de ella se tornó en una expresión de rabia negra. Ella lo abofeteó con fuerza, hasta que el golpe fue audible, y pronunció algo que parecía decir 'murió por eso' antes de alejarse enojada. Ignorando las miradas que ahora se posaban en él, Tristan sostuvo su mejilla adolorida y suspiró.

Había puesto toda su fuerza en la bofetada, sabiendo que tendría que dejarla ir.

Primero, se ocupó en devolver su taza a la improvisada cocina, manteniendo la vista en las personas con quienes necesitaba hablar ahora. Yong no fue difícil de localizar y sonrió bastante divertido cuando sus miradas se cruzaron, pero no había señales de Sarai. Algunas otras personas también faltaban, fueron a hablar o descansar fuera de vista—Yaretzi, Brun, Song. Y todavía no había señal de Beatris. Eso comenzaba a preocuparlo. Se acercó a Yong, quien había ocupado una mesa cerca de la cocina para limpiar su mosquete y su pistola.

Dado cuántas personas estaban haciendo eso, Tristan empezó a preguntarse si también debería hacerlo.

—¿Debo preguntar qué hiciste para merecer eso?— inquirió Tianxi.

Por más astuta que fuera su sonrisa, no lograba ocultar por completo el ligero tartamudeo en sus palabras. Está borracho. ¿Demasiado borracho para esta conversación? Tristan decidió no hacerlo, tras una mirada evaluadora. Por ahora, solo tartamudeaba. La persona más cercana a ellos era Remund Cerdan, que se encontraba en una mesa al otro lado de la cocina, observando a Tredegar

hablar animadamente con Zenzele Duma e Isabel Ruesta. La expresión en su rostro oscilaba entre el odio y el deseo, ambos oscuros y peligrosos, lo que hizo que Tristan estremeciera de repulsión. Aun así, los dos deberían estar seguros de hablar sin ser escuchados.

—Lo mismo que voy a preguntarte— respondió el ladrón—. ¿Has pensado en qué grupo quieres?

—Acordamos mantenernos juntos para la segunda prueba— dijo Yong con tranquilidad—. He recibido ofertas, pero no acepté ninguna.

—¿Ishaan Nair?— preguntó Tristan.

—Goel fue quien habló por ellos— respondió el exsoldado—. Xical también intentó, pero puede quemarse.

—Deberías aceptar la oferta de Shalini— dijo el ladrón.

Yong lo miró fijamente por un largo momento, frunciendo el ceño. La bebida ralentizaba sus pensamientos, pero no del todo.

—Yo— dijo lentamente—. Pero tú no. ¿Estás terminando nuestra alianza?

Sorprendido, Tristan pensó, quizás con un toque de dolor. Negó con la cabeza.

—No— susurró—. Mira, Lan aceptó mi oferta. Me dio una bofetada y—

—Xical no pensaría dos veces en llevársela— murmuró Yong, ahora atrapado—. Estás intentando plantar agentes en los equipos de buceo.

Sus ojos se entrecerraron.

—O saboteadores.

—No tiene sentido— rechazó Tristan—. Hay algo extraño en esta prueba, Yong. Y no creo que entrar en ese laberinto como buenos soldados nos ayude a averiguar qué sucede en realidad, al menos no si solo hacemos eso.

—Eso es una charla peligrosa— advirtió el veterano—. ¿Crees que los torres no te dejarán husmear?

—Creo que hay un telescopio instalado en una de las atalayas, con más equipo astronómico— respondió Tristan—. Y que no saber por qué es más probable que me mate que tratar de descubrirlo.

Yong vaciló.

—Necesito llegar a la tercera prueba— finalmente manifestó.

Tristan inspiró profundamente. No fue exactamente una negativa, pero estuvo cerca. Le habría gustado decir que le sorprendía, que no había sido lo suficientemente descuidado para esperar acuerdo, pero sería mentira. Y era injusto hacer esto cuando el hombre estaba borracho, pero ¿cuándo si no ahora?

—¿Por qué te enviaron aquí, Yong?— preguntó Tristan—. ¿Qué tienen contra ti?

La expresión en el rostro de Tianxi se cerró y su mano se estremeció, como si quisiera alcanzar su cantimplora pero se hubiera detenido. Solo ese gesto interrumpido no era una respuesta, no realmente.

—Te gusta beber— reconoció Tristan—, pero si esa costumbre te hubiera consumido, no podrías pelear así— ni disparar, ni correr. ¿Mataste a alguien?

—Esa no es una pregunta trivial— afirmó Yong.

No lo era, y los rumores se pagan por adelantado.

—Lo hice— admitió Tristan—. A alguien contratado por la Hoja Roja, un desertor de la Guardia. No fue mi intención, pero ocurrió— y después de eso, era cuestión del Dominio o que me cortaran las manos antes de colgarme cabeza abajo.

Ríos llorando, así lo llamaban. Los ríos que lloran. No tardaron mucho en morir, no como algunos otros métodos que las camarillas usaban para acabar contigo, pero te colgaban en lo alto para que la sangre manchara todo. Era imposible no verlo, y eso era lo que más importaba a la Hoja: hacer un ejemplo. Recordarle a todos que levantar la mano contra ellos significaba perder la mano, y que entonces te verías vomitar todo lo que llevabas por dentro hasta que no quedara nada en ti.

Yong respiró hondo, luego apoyó una mano en la nuca. Murmurando en chino mandarín, buscó en su abrigo y sacó su cantimplora. Sus dedos temblaban al desenroscar el tapón, bebiendo un trago largo.

“Me sorprende que aún quede algo,” dijo Tristan con franqueza.

Tampoco olió a hierbera, que ya casi había terminado.

“Traje tres,” comentó el Tianxi.

El ladrón levantó una ceja. Había visto al hombre beber muchas veces y olfateaba su aliento con creces.

“Y compramos recambios en su aguardiente de guarnición,” admitió Yong.

El toque de ligereza era demasiado leve para ser más que un leve destello en su ánimo. Yong se tomó su tiempo, casi comenzando a hablar varias veces antes de cerrar la boca. Bebió otras dos veces.

“Antes de partir de Caishen,” dijo, “clavé a un general cinco veces.”

Tristan se atragantó. No sabía qué esperar, pero aquello no era.

“Había recibido condecoraciones tras los campos de batalla en Diecai,” afirmó Yong de repente. “Nos enviaron a cruzar la llanura, Tristan, con los cañones Kuril barriendo como cosecha. Quise correr, como cualquiera, pero ya habíamos avanzado y sabía que los cañones no iban a dejar de disparar solo porque lográramos huir, así que después de que un disparo le arrancó la cabeza a Old Rong, tomé la estandarte y les dije que siguieran adelante.”

Yong puso las manos sobre la mesa, con los dedos extendidos contra la madera, y miró fijamente hasta que dejaron de temblar.

“Y confiaron en mí, después de tantos años,” prosiguió. “El general Qi envió cuatro mil hombres a cruzar el campo en Diecai, todos milicias de Caishen,” dijo. “Aproximadamente la mitad sobrevivió. Las alas se retiraron, pero el centro aguantó y yo estuve justo en medio de ello.”

Soltó una risa amarga y retorcida.

“Mi compañía lo sufrió peor porque no logramos huir,” continuó Yong. “Nos lanzaron toda la artillería para que nos quebráramos, sin hacer caso a los corredores.”

Suspiró lentamente, como expulsando un fantasma.

“Nunca llegamos a sus líneas,” afirmó. “La batalla terminó antes de que eso sucediera. Solo fuimos una distracción, entendés. Íbamos a hacer que retrocedieran y que los caballos Kuril los siguieran por las colinas, para que los mercenarios ocultos en los bosques atacaran por la izquierda y voltearan la línea de batalla.”

“Pero tú no retrocediste,” dijo Tristan en voz baja.

“Y no terminó importando una maldita mierda,” espetó Yong con una furia fría. “La caballería Kuril estaba saqueando un pueblo a una hora de distancia en lugar de vigilar la izquierda, así que cuando los capitanes mercenarios vieron que no había guardias y que el enemigo vigilaba la llanura, atacaron sin esperar la señal — los tomó completamente por sorpresa, y desplazaron a todo el ejército del campo.”

Oh, pensó Tristan, las palabras le faltaron.

“La mayor victoria contra un ejército imperial en treinta años,” dijo el Tianxi. “El general Qi era el mejor general de todas las Repúblicas, nos decían, la mente militar más brillante de su generación.”

—Entonces mataste a ella —dijo el ladrón.

—Me tomó dos años acercarme lo suficiente —dijo Yong—. Pero ella prefería mantenernos cerca, los milicianos, porque habíamos sido una parte tan importante de su victoria. Nos llamaba sus

hombres más valientes, la columna vertebral de Caishen. Le gustaba promovernos cuando podía, hacer un espectáculo y, después, compartir una comida solo entre veteranos.

El Tianxi se agarró la parte de atrás de la cabeza, evitando el moño, como si quisiera arrancarse el cabello.

—Al principio, no tenía intención de matarla —confesó—. Pero cada noche soñaba con esa maldita carga, Tristan, y cuando me ascendieron a sima —mayor—, ella reconoció mi nombre. —"Este hombre," dijo frente a todos esos muchachos verdes, niños que nunca habían estado en una batalla y no sabían que ella mentía—, "este hombre me hizo ganar en Diecai," afirmó. "Mi gran plan no habría llegado a nada sin la valentía de la milicia de Caishen."

Yong esbozó una sonrisa.

—Así que cuando nos sentamos a cenar, después de que el sirviente apiló el pato asado, me levanté para cortarlo y empujé esa cuchilla justo en su maldita garganta —dijo casi en un tono de sueño—. Seguí apuñalando hasta que dejó de moverse. No pensé que pudiera salir con vida, después, pero nadie entró en la tienda durante media hora y, para entonces, ya había robado un caballo.

Volvió a beber, lamiéndose los labios después.

—Llegué a Mazu antes que las noticias —dijo—. Había cabalgado hasta la muerte, y luego robé otro. Inmediatamente, compré un pasaje en un barco con el último de mis monedas rumbo a Tenoch.

El exsoldado cruzó la mirada con Tristan, esbozando una sonrisa triste.

—Y las pesadillas se detuvieron, por un tiempo —comentó Yong—. Maté a gente mala, lo suficiente para ganarme la vida honestamente, y cuando algunos habitantes de Caishen comenzaron a preguntar por un desertor, compré pasaje a Sacromonte. Pero lo hice sonriendo, ¿sabes? Tenoch siempre me parecía demasiado cercano, pero en un barco hacia la Ciudad me sentí libre.

—Pero eso no duró —dijo el ladrón.

—En el fondo, sabía que no duraría, pero resultó ser así. Dejé las armas en Sacromonte —le contó Yong—. Ya no usaba espadas, ni siquiera para la Guardia. Anduve de trabajo en trabajo en los muelles por un tiempo, hasta que encontré una verdadera casa de té Fuxing en el Casco Antiguo. Conocía las □□ de preparación y las ceremonias —mi abuela era de Sanxing, me enseñó todo— y sentían que tener a alguien del lejano país aportaba autenticidad.

—¿Y te comportaste bien como anfitrión en una casa de té? —preguntó Tristan, casi escéptico.

Yong se encogió de hombros.

—Una vez saqué mi espada cuando los Meng-Xiaofan vinieron husmeando, intentando convertir nuestro negocio en un almacén de polvo de mariposas, pero ni siquiera tuve que usarla —sonrió—.

Allí conocí a mi esposo —Pietro, quien era muy aficionado al té blanco—; venía cada semana para una ceremonia. Era mayor que yo, más de una década, pero a ninguno nos importaba. Y las cosas eran buenas, de verdad.

Pensó que era una historia bastante hermosa. Pero Yong ya no estaba allí, y el ladrón ya sabía que el final no podía ser otro.

—El inicio de todo fue mi cuñada —dijo.

Una pausa.

—No quiero decir que fuera su culpa, ni mucho menos —prosiguió Yong—. Ella había pedido prestado dinero a un prestamista cuando su esposo se rompió la pierna, para aguantar hasta que pudiera volver a trabajar, pero cuando regresó a pagar, era ella la que quería pagar. Inventó alguna excusa sobre las condiciones, y dijo que tenía que pagar con su cuerpo. Ella le esquivó, y su esposo le propinó una fuerte paliza al prestamista cuando su pierna mejoró. Lo dejó inconsciente y se quedó con la deuda. Eso debería haber sido el final de la historia.

"Pero tenía amigos de coterie," dijo Tristan, y no era mucho suposar.

Las coteries tenían sus manos en todo el dinero de los prestamistas de Sacromonte, excepto las que dirigían los infanzones ellos mismos.

"Un hermano," dijo Yong. "Un grupo medio llamado los Hombres Ratón. Enviaron a tres para romperle la otra pierna y le dijeron que si su esposa no acudía a 'devolver el daño', la próxima vez le cortarían la garganta."

El ladrón hizo una mueca. Las coteries menores eran muy susceptibles acerca de su reputación, a veces incluso más que los jugadores reales. Sabían que no llegarían a ningún lado si la gente no les tuviera miedo. Sin embargo, era valiente de parte de esos Hombres Ratón intentar algo así fuera del Murk. La Guardia realmente se preocupaba por lo que acontecía en el Casco Antiguo. No tanto como en el Huerto, donde vivían los infanzones y la gente adinerada, pero el Casco Antiguo constituía la mayor parte de los distritos de Sacromonte y la sección crucial de los canales que eran su fuente de vida. Los agentes de los cogotes rojos no dudaban en cerrar coteries que causaban problemas en esa parte de la ciudad.

"Eso fue una intromisión excesiva," dijo Tristan. "¿La Guardia no se involucró?"

"Llevaron al prestamista a una conversación, pero no había pruebas y él pagó para salir," dijo Yong. "Afirmó que estaban intentando incriminarlo porque no queríamos pagar lo que debían. Esos dos estaban aterrorizados de que los Hombres Ratón se tomaran venganza por delatarles, y Pietro fue quien los convenció de decirle a los agentes rojos, así que se sintió responsable."

"Y tú te sentiste responsable por él," dijo el ladrón.

"Así es el amor, Tristan," sonrió tristemente Yong. "Participar. Así que engrandecí mi espada, limpié mi pistola y fui a vivir con ellos por unas semanas."

Era bastante sencillo imaginar lo que siguió.

"¿Cuántos vinieron?"

"Cuatro," dijo el Tianxi. "El prestamista estaba con ellos."

Hizo una pausa.

"Le disparé en el vientre," reflexionó Yong. "Nunca supe si murió por eso. Pero su hermano se volvió loco después, así que tuve que matarlo de cerca, espada en mano, y después a otro por detrás cuando intentó tomar a un rehén. Ellos huyeron después y nunca regresaron."

Yong bebió.

"Hasta esa noche, no había matado en más de diez años."

"Y los sueños volvieron," dijo suavemente Tristan.

"No podía dormir toda la noche ya," murmuró Yong. "Seguía despertando gritando, cargando a través de ese maldito campo en Diecai con todos mis amigos muriendo y el General Qi sonriente justo detrás de mí, como si finalmente la hubiese alcanzado."

Recuperó la frascada, aunque estaba vacía.

"Me advirtieron en la tetería que parecía demasiado cansado," dijo. "Eso asustaba a la gente. Probamos de todo, Tristan, pero solo encontré una cosa que me ayudaba a dormir."

El Tianxi miró el frasco, luego le dio un toque con el dedo. Emitió un sonido metálico, vacío por ahora. Pero no por mucho, pensó Tristan.

"Empezaba justo antes de acostarse," dijo Yong. "Como medicina. Pero no se quedó allí, y empezó... Bueno, no necesitas saber los detalles. Discutíamos mucho. Pietro decía que no era el hombre con el que se había casado."

El exsoldado hizo una mueca.

"No estaba equivocado."

Ya habían pasado la cima de la colina, pensó Tristan. Solo podía ir hacia abajo a partir de allí.

"El dinero no era bueno," admitió Yong. "Me degradaron a la parte trasera después de oler a ron antes de una ceremonia, que pagaba menos, y su tienda familiar tuvo que cambiar de proveedor después de que falleciera el anterior, porque los precios subieron y las ganancias bajaron."

Frunció un dedo contra el frasco otra vez, el sonido similar al tañido de una campana.

—Tuvimos que pedir prestado para mantener la casa, estábamos meses atrasados en los pagos—, dijo el Tianxi. —Me encargué de ello: La Hoja Roja necesitaba que mataran a un hombre y yo hice

el trabajo, así que nos prestaron sin intereses.

Por supuesto que lo hicieron, pensó Tristan. Eres todo lo que desean en un ejecutor: los necesitas más de lo que ellos te necesitan a ti, tienes debilidades evidentes y eres un soldado entrenado. Ellos seguirían ofreciéndote cuerda una y otra vez, esperando pacientemente a que surgiera una correa con la que poder tirar. Incluso ebrio, el veneno en su interior ahora, Yong veía claramente ese pensamiento reflejado en su rostro.

—Creo que intentaban atraparme—, admitió, después volvió la vista a otro lado. —No estoy seguro de que fuera a negarme, aunque eso nunca llegó a suceder.

Y ahora el final feo. Los ojos oscuros de Yong estaban llenos de fervor cuando volvieron a su mirada.

—No le culpo, quiero que lo entiendas—, dijo. —Tengo cuarenta y tres años, Tristan. Él solo tiene treinta, aún le quedan años por delante. Por eso no le culpo por haber tomado el dinero y huir.

El corazón de Tristan se apretó.

—Pero era el dinero de la Hoja—, susurró en silencio.

Yong asintió en silencio.

Lo que salió de la garganta del Tianxi no podía considerarse una risa: fue solo una convulsión vacía de alegría.

—Lo encontraron en tres días—, dijo Yong. —Por supuesto que sí. ¿Qué sabe él de esconderse? Y luego me dijeron que me perdonarían todo, si yo mismo le ponía el tiro en la cabeza. Agua pasada.

—Tú no lo hiciste—, dijo Tristan.

Y gran parte de esa historia él nunca creyó que un hombre como Yong pudiera hacer, pero esa parte no la dudó.

—Lo amo—, sonrió Yong. —¿Cómo no voy a hacerlo? Así que les propuse un trato.

Y de repente todo cobró sentido.

—Ese es tu juego rojo—, respiró Tristan con intensidad. —Si llegas a la tercera prueba, perdonan el dinero. Lo ahorran para él.

El otro hombre le brindó un brindis con un frasco vacío.

—Así que tengo que llegar allí, Tristan—, dijo. —Cueste lo que cueste, o lo que sea, llegaré a la Prueba de las Hierbas. Le debo eso a mi esposo.

No le debe nada, pensó el ladrón. Él huyó, y eso lo convierte en uno de los míos: no puede haber deudas bajo la Ley de las Ratas.

—Lo entiendo—, dijo en su lugar.

—No—, dijo Yong—, creo que no tienes idea.

Frunció el ceño.

—Ayudaré—, dijo—, porque podría ser lo que necesito. Iré con los Ramayans, que de todos modos eran mi opción preferida. Pero si este plan tuyo parece que puede alejarme de la tercera prueba...

—Te volverás contra mí—, completó Tristan—. Les contarás todo.

Lo que 'ellos' fuera, no importaba. Podría ser la Guardia, los Ramayans, Tredegar o incluso Tupoc Xical. Sería lo que mantuviera a Yong a salvo para que pudiera llegar a la Prueba de las Hierbas, nada más ni menos. Era algo agrisado, que en ese mismo momento en que comprendió el tipo de hombre que era Yong, Tristan entendería que hay un límite en cuánto se puede confiar realmente. Pero decir eso, pensó el ladrón, era también un acto de generosidad. Aunque Yong estuviera borracho, porque no había guardado secretos, sino que los había entregado como una advertencia, para que Tristan no se sobrepasara tanto como para que la traición fuera inevitable.

“Lo siento”, dijo Yong en voz baja, el ritmo de sus palabras se volvió más confuso. “Pero es lo que es.”

Tristan se enderezó con firmeza.

“No tengas esa actitud”, afirmó. “Prometiste todo lo que estás en tu poder de prometer. Pedirte más sería avaricia.”

Y lo decía en serio, lo que ocurre es que al observar la gratitud patética en los ojos de Yong—la influencia de la bebida en un hombre a quien respetaba—tuvo que desviar la mirada. La botella mataba tantos como las enfermedades en las profundidades del Murk. En ciertos aspectos, ambas cosas eran una sola. Había una razón por la que Tristan nunca bebía a menos que fuera obligatorio.

“Hablaremos antes de que te vayas”, dijo el ladrón.

Yong resopló con desdén, luego le hizo un gesto de despedida.

“Vete”, dijo. “No mejorará con el tiempo.”

Tristan no sabía qué habría querido decir, pero al final mordió su respuesta. No era su lugar menospreciar a un hombre que le doblaba en años, uno que había vivido horrores que ni siquiera podía imaginar. Además, esa era una de las cosas que compartían la botella y la enfermedad: una vez que se alojaba en tus huesos, no eras tú quien decidía cuándo abandonaba tu cuerpo. Algunos lograban superarlo y salir adelante, pero la mayoría se hundía hasta la tumba.

Tristan se fue con todo lo que había venido a buscar, pero, de algún modo, no sintió que hubiera sido una victoria en absoluto.